

LA DIPLOMACIA REALISTA

CÉSAR SEPÚLVEDA,
de la Universidad Nacional de México

La ciencia política, que había agotado los temas propios del estado, y que buscaba nuevos horizontes y tendencias, se ha venido desplazando desde hace algunos años, con todo su bagaje de hipótesis, de teorías y de fórmulas, al campo de las relaciones internacionales.

Esta interesante transferencia empezó a percibirse hacia los años treinta. Hasta entonces, la política internacional se venía estudiando en función de la historia y del derecho, de una manera demasiado rígida y no sin pagar un fuerte tributo a la moralidad y al legalismo. Las relaciones entre los estados se abordaban, o bien con la idea de que en el devenir histórico podrían encontrarse las causas de la guerra, o bien tratando de encuadrar dentro del marco del derecho y de las instituciones el fenómeno político internacional. En realidad, no existía una auténtica teoría de las relaciones entre los pueblos. Había, cuando más, una postura normativa o apologetica en los autores especializados, o una filosofía ética de la conducta política entre las naciones, pero se echaba de menos una doctrina sistemática y consistente de la diplomacia contemporánea.

Cuando resultaba ya evidente que tal manera de abordar la política universal carecía de congruencia con los hechos mismos, y dejaba sin explicar el por qué del comportamiento de las potencias, los teóricos del estado, o sus discípulos que militaban en la diplomacia, iniciaron un vigoroso movimiento para dar cuerpo a una nueva postura, orientada a estudiar la lucha por el poder como factor real en el intercambio internacional, tomando en cuenta los antecedentes históricos y culturales, el proceder nacional e internacional de los países, y sus alternativas y posibilidades. Algunos de los guías de este novel movimiento se dedicaron a estimar la función de los factores geográficos (Spykman), el "interés nacional" (Beard), el "interés político" o las "ideologías de los grupos nacionales" (Wolfers), cuando no las motivaciones personales de los grandes dirigentes de las potencias (Carr). En otras palabras, se buscaba con ahínco localizar en la realidad los factores que permitieran la precisa, la indubitable interpretación del fenómeno político internacional. A veces, muchas de estas posiciones resultaban sólo una crítica de la actitud histórico-legal-moralista, una vacuna contra el excesivo idealismo.

Como ocurre normalmente en esta clase de movimientos, el campo se espesó, pues fue invadido de pronto por psicólogos, periodistas, sociólogos y por otras gentes ajenas que llegaron en tropel sobre un terreno propicio para sembrar las ideas más bizarras y las concepciones más fantásticas. Cada grupo pretendía tener la respuesta mejor. Mucha de la

literatura respectiva brotó en Estados Unidos, con demasiada espontaneidad, durante las dos pasadas décadas.

Por otra parte, como toda reacción, la nueva postura del "realismo" resultó exagerada en sus manifestaciones primeras. Concedía demasiada importancia al debate realismo-idealismo, y tanto pretendía depurar las realidades, que descuidó la importancia de un cuerpo de valores, corriendo el riesgo de que esos valores, a la postre, se colaran furtivamente de algún modo, sin que nadie pudiera apreciarlos entretanto, o siquiera darse cuenta de su existencia.

Por fortuna, dentro del mismo seno del "realismo" brotó una tendencia benéfica, que se ha aplicado a purificar el ambiente y a abordar el análisis de la diplomacia global, de las relaciones internacionales, con serenidad y ponderación, para librarlo de excesos. Percibiendo que la admisión de valores, en tanto que puedan distinguirse de los hechos, es menester para la necesaria pulcritud de las alternativas políticas que puedan tomarse de acuerdo con esos mismos hechos, han surgido autores "realistas", predominantemente en Estados Unidos. Ellos tienen ahora un buen acopio de adherentes, los que intentan introducir una sistematización mayor en el campo de la teoría de las relaciones internacionales, sin dejar de reconocer la existencia de algunos valores esenciales. Como exponentes de esta actitud, podríamos mencionar a Hans Morgenthau y, sobre todo, a su más próximo seguidor, el otrora diplomático George P. Kennan, ambos estudiosos de la ciencia política.

Una reciente y valiosa aportación al método realista de la política internacional ofrece el libro de Kenneth Thompson,* aparecido hace unas semanas, y que constituye importante refuerzo de las mencionadas doctrinas de Kennan y Morgenthau.

La primera parte de la obra, que es el remate de varios años consagrados al estudio de las relaciones internacionales, está dedicada a analizar el estado de la política exterior norteamericana tal como aparece en la doctrina y de los actos de los estadistas más destacados de los últimos tiempos. Sintomáticamente define ahí la ciencia política internacional como "el estudio de las rivalidades entre las naciones y de las condiciones que mejoran esas relaciones".

Concede Thompson un gran valor a los postulados de Niebuhr, del británico E. H. Carr, de Spykman y de Morgenthau, entre los teóricos; de Lipmann, entre los editorialistas, y de Kennan y los miembros del Cuerpo de Planeación Política del Departamento de Estado (Marshall, Halle y Fosdick) en la determinación de la diplomacia de los Estados Unidos en los últimos años. En el primer capítulo hace el autor una magnífica recapitulación de esos "realistas" de la política internacional, concluyendo que las estimativas de todos ellos son bastante similares, a

* THOMPSON, Kenneth W.: *Political Realism and the Crisis of World Politics*. Princeton: Princeton University Press, 1960; IX + 251 pp. Dls. 5.00.

pesar de partir de puntos de vista diferentes y de emplear métodos distintos en sus investigaciones.

En el segundo capítulo estudia Thompson el liberalismo y el conservatismo en la política externa e interna de Estados Unidos. Se pronuncia contra el conservatismo y prefiere el liberalismo, que ofrece mejores perspectivas, aunque describe que ambas posturas se han equivocado y que sólo resultan apropiadas cuando han sido realistas. Hay en esta parte (pp. 60-69) una excelente síntesis del realismo y sus fines y propósitos, que conviene reproducir:

Para este grupo que empieza con Niebuhr y acaba con Kennan, las rivalidades y cierta forma de lucha entre los estados vienen a ser vistas como la regla y no como mero accidente del pasado. Hay armonías y discordancias entre los estados, pero el fracaso de todos los anteriores esquemas de paz mundial, debe buscarse en las persistentes condiciones de las que resultaron las discordancias, y no en el hecho de que sean planes ideales para una comunidad en perfecta armonía. En todos los grupos sociales —cualquiera que sea su tamaño— se percibe la lucha por la influencia y el poder... El realista procura mitigar las rivalidades entre las naciones a través de frenos y contrapesos y por la transacción y regateo... El realismo prepararía a los hombres para la discrepancia trágica y constante de fines y medios en la política internacional. Acepta la permanencia y la ubicuidad de la lucha por el poder como guía y premisa de su pensamiento; pero lucha incesantemente, con todos los medios a su alcance, para contener y limitar concentraciones de fuerza y para componer y aliviar tensiones que conduzcan a una situación bélica...

Thompson analiza en el capítulo tercero el abismo que existe entre el estadista y el pensador. Ahí compara el sistema británico y el norteamericano de conducir la diplomacia y examina las diferencias entre ambos. Deduce de ahí tensiones entre los dos países. Encuentra que hay cuestiones insolubles entre la teoría y el arte de gobierno, lo que es un problema real al que hay que enfrentarse con valentía, pues el reconocimiento de que existen dificultades puede conducir precisamente a hallar las soluciones.

Preocupa al autor intensamente, en la segunda parte de su libro, la valuación ética de la diplomacia, y las relaciones entre la moralidad internacional y la política viva. La consideración de los postulados fundamentales y de los problemas de la moral entre las naciones es excelente, pero concluye, con algún escepticismo —como era de esperarse de una posición realista—, que el interés nacional deforma muchas veces el sentido ético. Hubiera resultado muy interesante que el autor ampliara el análisis de la conducta exterior norteamericana, aplicada a los asuntos europeos, para incluir allí el examen del juego de la ética —o la falta de ella— en el manejo de la diplomacia interamericana de Estados Unidos. Las limitaciones que el doctor Thompson encuentra para el reinado de la moralidad en el campo de las relaciones internacionales son precisamente

las que ha confrontado el realismo, pues cada potencia se atribuye su propia moral, olvidando que la ética principia en casa. Empero, la investigación del autor revela que existe un grado estimable de ética en la conducción de la diplomacia global, un principio de dignidad moral que informa el intercambio político en la comunidad, y que razonablemente puede esperarse una mejoría en ese campo.

En el capítulo sexto se analiza el dilema de Estados Unidos, en los últimos cincuenta años —y aquí pudiera encontrarse una correspondencia de método con el de Kennan, expuesto en *American Diplomacy, 1900-1950*—, de enfrentarse a los problemas diplomáticos del mundo moderno con muchas limitaciones, creadas por los métodos de la diplomacia democrática, por normas de moral, por el deseo de aislamiento, pero también por la falta de perspicacia en los dirigentes de la política exterior. Termina exaltando las ventajas del realismo y de su función en la paz y para la supervivencia del linaje humano en este mundo en crisis y saturado de discordia.

El realismo político aparece en la obra de Thompson como sobria invitación a buscar la verdad, no como el final de la encuesta, y en eso radica una gran parte de su mérito. Sin embargo, es de dudarse que el realismo pueda por sí solo constituir la respuesta. Claro que la diplomacia debe entenderse en función de las realidades de un mundo transido por el temor y el pesimismo, y que ella debe de algún modo reflejar esa realidad, pero no puede desdeñarse la función que desempeña el derecho internacional. La estabilidad del mundo no puede radicar tan sólo en un precario equilibrio de fuerzas. El derecho y la política no están, no pueden estar en contraposición. Ambos son elementos dinámicos de cualquier sociedad progresista. Los dos estabilizan las colectividades humanas. El problema parece yacer más bien en la conciliación —así como en el ámbito interno del estado— de la organización política con la organización legal en la comunidad internacional. Por otra parte, no debe olvidarse que la postura realista, muy norteamericana, no es muy generalmente aceptada en los demás países y, por lo tanto, puede ser vista con suspicacia y atacada de unilateral.

De cualquier manera, el libro de Thompson es de imprescindible lectura para el estudioso de las relaciones internacionales. Además de ofrecer un panorama completo y valiente de los fundamentos actuales de la diplomacia mundial de Estados Unidos, puede afirmarse con bastante certeza que habrá de producir un impacto apreciable en el comportamiento exterior de ese gran país, en los próximos años, y ello le comunica un valor decidido. Es, en suma, un libro trascendente.